

Lección No. 13.- UNA VISION SOBRE LA IGLESIA

61. LA PERSPECTIVA DE LA IGLESIA UNIVERSAL.

Pasa ahora Paulo VI, con admirable maestría, a darnos una amplia, detallada y concisa descripción sobre la Iglesia. Comienza por hablar acerca de la Iglesia Universal:

Recuerda, iniciando el tema, la conciencia que de ella tenían los primeros cristianos, aquéllos que dieron hasta la vida firmísimos en su fe: ellos sí que tenían una idea clara acerca de lo que significa «creo en la Iglesia Católica», entendiéndola única y universal en sus tres dimensiones:

a) Unica y Universal en cuanto al tiempo: la misma desde el justo Abel (apenas rebasado el límite matrimonial de la pareja inicial de Adán y Eva) hasta la consumación del mundo: los hombres todos de todas las épocas que en cualquier forma han vivido y muerto unidos a Dios, se encuentran dentro de la Iglesia Católica.

b) Unica y Universal en cuanto a territorio: los «hombres de buena voluntad» -como cantaron los ángeles en Navidad- que viven en cualquier lugar de la tierra se hallan dentro del espíritu de la Iglesia y señalan su existencia allí donde ellos se encuentren. La faz toda de la tierra es el territorio de su misión, y si el hombre se trasladara a otros mundos, hasta allá le seguiría la Iglesia, porque el hombre es su objetivo.

c) Católica y Unica, lógica consecuencia del final del inciso anterior, porque es para todos los hombres, su objetivo universal vivo: sin excepción de raza, pueblo, sexo o idioma.

Todo esto nos quiso indicar nuestro Señor Jesucristo gráficamente por medio de sus parábolas: la del árbol de mostaza, la de la red y la del rebaño de ovejas: comunidad sin distingos, sociedad universal, en la que la única distinción se demarca por los peces buenos para el mercado de los que son desechados; la separación de las ovejas a la derecha y los cabritos a la izquierda; en otras palabras, la distinción la demarca cada miembro por su correspondencia a la gracia o su rechazo de ella.

Esta última condición, que sí será causa de división definitiva y eterna, por desgracia, dice el Papa, la determinará no Dios, sino «el corazón y el espíritu del hombre pecador». Lástima que, habiendo tratado Dios por todos los medios de su gracia para hacer que todos los hombres llegaran a concurrir en la eterna felicidad a la reunión en la única y universal Iglesia Celestial, sean muchos los que no se presenten en ella, debido a su equivocada elección, la que en realidad determinó la causa de separación para siempre: el pecador es el único que no tendrá en aquella Iglesia Católica definitiva lugar ni goce, por la única razón de que él prefirió las cosas terrenas a las celestiales, y olvidó que siendo aquí miembro vivo de la Iglesia Católica, no de su cuerpo -realidad temporal- sino de su espíritu, se llega a la realidad eterna de una Iglesia en que la Trinidad de Dios es el primer signo comunitario.

62. LA PERSPECTIVA DE LA IGLESIA PARTICULAR

Pasa ahora Paulo VI a mostrarnos lo que es la Iglesia Particular. Conviene advertir que los principios distintivos que de ella hace merecen mucha atención, porque su olvido o mala interpretación fueron causa principalísima del desgajamiento de aquellas Iglesias Orientales que llegaron así a la cisma (del griego: skisma = división): el hecho por el cual se establecen diversidad de Iglesias donde era una sola, no por diferencias en dogma o conjunto de verdades de fe, sino por no aceptación de la autoridad constituida, o por separación de la comunidad total.

Dice Paulo VI que, siendo la Iglesia Universal, su presencia, a la que llama «encarnación», en cada lugar, se manifiesta según circunstancias propias del lugar que obedecen a los valores propios del grupo humano local: lengua, cultura, conceptos, historia y demás acervos particulares del grupo humano.

En su universalidad la Iglesia Católica se encuentra con esta realidad en cada lugar, y de acuerdo con muchos de estos valores y en la medida que ellos determinan el modo de ser del cristiano, y sin que se opongan al cristianismo, se «pintara» la Iglesia de sus colores. Es decir, los signos externos de la Iglesia pueden aparecer entonces diversificados según sea el grupo humano.

De este modo, indica el Pontífice, la Iglesia particular tiene que ser sensible al modo de ser del hombre de nuestro tiempo.

En otras épocas se quiso, con pésimos resultados, forzar erróneamente al hombre a aceptar a la Iglesia según el modo de encarnarla otros pueblos: concretamente, al difundir la Iglesia hombres con cultura grecorromana, pensaron que la única forma de ingresar a la Iglesia era modificando los propios valores para aceptar los valores grecorromanos. No, la Iglesia no tiene compromiso con las culturas y demás propiedades de cada pueblo, antes en cada pueblo adopta los valores propios de él. Quizá, en ausencia de un valor determinado, por carecer el grupo local de él, la Iglesia tenga que echar mano de manera supletoria del valor según existe en otro grupo humano. Por ejemplo, la escritura: cuando el misionero llegue a un pueblo que desconoce la escritura, podrá enseñar a aquellos individuos la escritura romana, griega o cirílica, según le acomode, pero porque nada había de lo cual vale en tal aspecto cultural. Pero aquellos valores existentes-, deberán ser aprovechados en orden a la **vivencia de lo fundamental cristiano**, que es vivir el Evangelio. En particular, el folclor, o costumbres de vestido y fiesta del lugar, son valores de gran valía como manifestación exterior de la vida interior, y al llegar el hombre a vivir la gracia del Evangelio, siempre se encuentra el modo de que esta realidad interior se manifieste exteriormente en el folclor, porque éste es expresión de vida y vida espiritual es vivir el Evangelio, que se trasluce de ese modo.

Dentro del folclor encontramos la música, el canto, el baile y el adorno; también son acervo cultural que se cristianiza: la arquitectura, la pintura, la escultura, y todas las manifestaciones del arte.

Previene enseguida Paulo VI de los peligros del cisma: la Iglesia Universal **no**

es la suma de las Iglesias Particulares. No, porque aquella en sí es el todo por sí misma, y se encarna toda ella en las Iglesias particulares, una a una o todas juntas. Es algo así como si dijéramos que el agua que tenemos en un vaso y el agua de todos los mares, lagos y ríos es la misma: nunca diremos bien si afirmamos que el elemento agua es la suma de unas y otras: no, el agua es el agua donde quiera que se halle, porciones chicas o grandes, aisladas o revueltas. Así la Iglesia Universal, se encuentra ella misma en todas las comunidades eclesiales llamadas **Iglesias Particulares** o **Iglesias Locales**: estos dos nombres denotan la misma cosa: la Iglesia Universal encarnada en un grupo humano, no sumandos de una suma total.

Peor sería considerar a la Iglesia Universal como la «federación» de todas las Iglesias locales o particulares:

❖ la palabra «federación» significa (latín: foederare = unir) coser las partes que estaban sueltas para hacer una pieza completa; en política: unirse estados que eran autónomos, para constituir una nación, como Estados Unidos de Norteamérica, cuyos 13 estados originales eran colonias inglesas independientes entre sí, las cuales se unieron, primero para conseguir su independencia, y luego para constituir una nación. No, la Iglesia Universal no nació de ese modo, porque ella fue lo primero según decisión del Divino Fundador Jesucristo que fundó una sola Iglesia y así quiso que permaneciera una sola. Al extenderse la Iglesia Universal, dio lugar a su encarnación en las Iglesias locales. Ni solas, menos aisladas, éstas son partes que se unan, sino la misma Iglesia Universal que vive en cada lugar como Iglesia particular.

Imaginar que la Iglesia particular sea por sí misma es reducir su extensión de ser, pues su esencia es ser Iglesia Universal; sería enpequeñecerla, disminuirla, empobrecerla.

Y sin embargo, dice Paulo VI, la Iglesia Universal sin expresión de Iglesia local puede ser algo vago, difícil de comprender y de encontrar en el ámbito inmenso del mundo. Un ejemplo: si hablamos de la palabra «mundo» en términos humanos, diremos: «lo hago como todo el mundo» y con eso queremos decir que no hacemos nada raro, nada especial, sino lo que es usual; pero aquí la palabra «mundo» quiere decir «gente» «las demás» «personas» y con eso hemos dicho «todos» pero a la vez no hemos mencionado a nadie en particular, personas concretas que lo hagan así. Del mismo modo, si habláramos siempre de la Iglesia Universal, sería difícil, en ocasiones imposible, entender la idea, que por otra parte es sumamente concreta y fácil cuando nos encontramos a esa misma Iglesia Universal ubicada, realizada, encarnada precisamente en la vida propia de la Iglesia particular con todas esas manifestaciones de vida humana a que nos hemos referido.

63. ADAPTACION Y FIDELIDAD DE LENGUAJE

Aquí el Papa no se concreta al término «lenguaje» en el sentido de idioma: lo que le preocupa es la expresión del Evangelio: trata en concreto de decirnos que todas esas propiedades de expresión que posee cada Iglesia particular han de

ser aprovechadas para la predicación de Evangelio, sí, pero de ningún modo a costa de que el Evangelio sufra variaciones o diversificación en su expresión a punto tal que se acabe por alterarlo, truncarlo o hacer que pierda su claridad.

Utiliza la palabra «trasvase» que indica originalmente el vaciar un líquido de un recipiente a otro: en ese acto que mucho se realiza al manejar el vino, puede suceder que éste se adultere porque existan residuos anteriores en el vaso que lo ha de contener ahora, o que se pierda parte del vino al derramarse fuera del nuevo envase.

Ningún idioma tiene capacidad para que se traduzca algo de otro idioma con coincidencia tal que el contenido de lo traducido no sufra alteración. Siempre hay una idea «parecida» pero no igual, un concepto que pierde fuerza en el «trasvase». Eso previene el Papa que no suceda con el Evangelio: no sólo por el lenguaje, sino por todas las manifestaciones propias de cada pueblo, las cuales pueden servir para transmitir el Evangelio, siempre y cuando esa transmisión sea fiel, sin menoscabo de su claridad, de la verdad.

Cuando dice el Pontífice que «el lenguaje no debe entenderse tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural» (semántico = significativo:

❖ Semántica es la parte de la gramática que se ocupa del significado de las palabras) quiere decir que no se ha referido con esto sólo a la parte literaria o significativa del idioma, sino a todo aquello que es vida y cultura del hombre, de los pueblos. Todo ello ha de intervenir en la predicación del Evangelio, pero manteniendo intacto el Mensaje.

Califica al problema de «delicado» y no es difícil entenderlo, pues la Buena Nueva debe ser inalterable y completa en su entrega por medio de la traducción no sólo de idioma a idioma, sino a través de símbolos, costumbres, folclor.

Temor a la pérdida de unidad, y con ésta de universalidad: es otra preocupación que no debemos perder de vista. Si el Evangelio se predicara sufriendo en esto, la doctrina, la fe, la esencia de la Iglesia Universal, quedarían afectadas. Gran problema y tarea es plasmar el cristianismo en cada Iglesia particular sin borrar la fisonomía de la Iglesia Universal, y con todo hay que hacerlo como un imperativo de Cristo a su Iglesia: "*Id, enseñad*" Pero esto ha de hacerse manteniendo fielmente toda identidad.

Son así dos los extremos dentro de los cuales debe hacerse la exposición del Evangelio: el primero, que ha de predicarse utilizando el lenguaje, los símbolos y los signos del pueblo al cual se dirige, de manera que por estos medios ya conocidos por él se pueda hacer que el Evangelio llegue a profundizar en su misma vida, **que se haga vida en él**. El otro extremo es que pudiera alterarse el mismo Evangelio en la elaboración de esa traducción al lenguaje de ese pueblo, o que en la utilización de sus signos y símbolos pudiera deformarse su imagen al punto de que ya no fuera posible distinguir en ella el auténtico Evangelio de Cristo.

En esta alteración y deformación del Evangelio, lo que se ha hecho entonces

es que, pretendiendo conformar el Evangelio a lo que es propio de un pueblo, se hace que lo que es universal sea, quizá sin advertirlo, puramente lo particular; al suceder esto, se habrá roto la armonía que siempre debe existir entre lo universal y lo local, entre la Iglesia Universal y las Iglesias particulares, con ruptura de la unidad.

Fácil es así entender que la única manera de que sea realidad la unidad universal es ésta: que lo local se armonice en lo universal y todos los demás locales: eso es el significado principal de Pentecostés con su glosolalia o entendimiento de diversas lenguas: sólo así el mensaje puede ser entendido por igual en todo el mundo, sin la limitación que necesariamente tiene lo local.

A la inversa: corresponde a la Iglesia Universal velar por el desarrollo, florecimiento y mantenimiento de las Iglesias particulares: ahora es aquella la que debe ver que lo que es universal no opaque, ni menos destruya, lo que es particular. La fisonomía, o modo de ser, de las Iglesias particulares debe ser cuidado con esmero por la Iglesia Universal: todas las Iglesias particulares armoniosamente existiendo y floreciendo en la Iglesia Universal. Una belleza que refleja la Belleza de la Trinidad Divina, en su armoniosa comunidad.

Lo admirable de la Iglesia en este aspecto es esto: las Iglesias particulares le prestan diversidad con sus **«particularismos locales»** que en nada afectan su universalidad porque en ella se mantiene la **unidad esencial** o de la esencia del cristianismo.

El agente de la evangelización debe entender profundamente estos dos conceptos con objeto de estar dispuesto a dejar en el momento que se le pida las particularidades de la Iglesia local, en que nació o se formó cristiano, para lanzarse a atender cualquier otra Iglesia local dotada de sus propios particularismos, lo que sólo puede conseguir si tiene en cuenta la universalidad de la Iglesia. De no ser así, tenderá a encerrarse en lo local, o pretenderá imponer a otra Iglesia particular lo particular de aquélla de que él proviene.

64. APERTURA A LA IGLESIA UNIVERSAL

El sentido de universalidad de la Iglesia no es fácil ni común, pero es provechoso para el individuo y para la comunidad entenderlo porque en ello va la comprensión de lo que es la Iglesia auténtica de Cristo. Los misioneros, sacerdotes, religiosos y religiosas, bien que lo han entendido cuando por obediencia abandonan la patria, la familia, la Iglesia local y toda otra particularidad, a fin de lanzarse, por amor a Cristo y a la Iglesia, a la salvación del hombre esparcido por toda la universalidad de la Iglesia.

Todo ese primer párrafo del No. 64 del Documento es en sí una exposición clara de la preocupación de Paulo VI porque en los agentes de evangelización se forme la idea y se produzca la generosidad de darse a la tarea de evangelizar sin particularismos, con la visión amplísima de una Iglesia «sin horizontes».

No cabe duda que Iglesias que no entendieron la universalidad, tales como la

Anglicana de Inglaterra, sufrieron las consecuencias de su ceguera de lo universal: tuvieron éstas la idea equivocada de que, velando por lo propio, lo particular, lo local, dejaban de sacrificarlo en aras de lo universal, y de este modo ellas solas en sí misma hallarían mejor futuro. La historia demuestra, contra lo que esperaban, lo contrario: «aislamiento esterilizador y desmoronamiento interno» llama el Papa a lo que les ha sucedido: por una parte, al faltarles la savia universal, dejaron de producir frutos de santidad; por la otra, dentro de su mismo seno ocurrió lo que ellas habían realizado: surgieron divisiones y se formaron las «sectas» que a través del tiempo se han ido multiplicando en divisiones y fracciones más y más pequeñas, con división al mismo tiempo de criterios y doctrinas (secta, sector, provienen del latín sectum, cortado; así secta es un grupo que se separa de un grupo mayor).

(Haciendo un paréntesis en esto, conviene meditar en la importancia que tiene que los diferentes movimientos y asociaciones de una parroquia permanezcan unidos dentro del ámbito parroquial. Los particularismos tienden a dividir, más que consciente, inconscientemente a la feligresía, y esto, como toda otra forma de división, debilitará a la parroquia. En esto, como en lo que venimos estudiando en la universalidad de la Iglesia, debemos fomentar la unidad de la parroquia en la diversidad de sus movimientos: cada uno de ellos, evidentemente, tendrá una espiritualidad peculiar, pero nunca deberán romper lo esencial cristiano dentro de la parroquia so pena de ser para ella, ya no riqueza, sino detrimento de la vida parroquial. Por ello la Escuela de Pastoral debe estar abierta a todos los movimientos y asociaciones, y coadyuvar a su vinculación dentro de la parroquia enseñando ante todo que, si bien debe existir en su espíritu y formación lo peculiar de cada movimiento, los alumnos habrán de unificarse en el estudio y en la acción apostólica como una sola parroquia, dentro de una Iglesia local, y en el seno, de la única Iglesia Universal.)

Las Iglesias locales disidentes, que se han apartado de la única Iglesia Universal, desgraciadamente más pronto que tarde se vieron atrapadas por los poderes temporales nacionales que fueron haciendo de ellas instrumento de explotación, de dominio, sujetas al capricho de los gobernantes: lo mismo las Iglesias Ortodoxas de oriente, que la Anglicana o la Rusa, todas terminaron así por falta de fuerza, la que les prestaba su unión con toda la Iglesia Universal.

Nos recuerda Paulo VI que por la fuerza de la unidad que prestan la «Lex orandi» y la «Lex credendi» (identidad en la oración, identidad en la fe), unidad en el amor y unidad en la lealtad, será posible obtener, como fruto, una sola fe en variedad de modos de confesarla (variedad de «Credos») variedad de modos de orar (variedad en formulas de oración); variedad de modos de manifestación litúrgica o celebraciones (variedad de formas en el culto) y variedad de modos de vivir el cristianismo los individuos y los pueblos.

Finalmente expresa el Pontífice esa reciprocidad o circulación de la savia de la vida cristiana, en que, mientras la Iglesia Universal puede prestar a cada una de las Iglesias particulares el cúmulo de aportaciones de todas las Iglesias particulares; al mismo tiempo ella va recogiendo, atesorando, para dar ese importantísi-

mo servicio, las experiencias y demás valores que cada una de las Iglesias locales va produciendo para beneficio recíproco, cúmulo que lastimosamente se perdería si no existiera la posibilidad de comunión en el goce y el uso.

65. EL INALTERABLE DEPOSITO DE LA FE

Ahora hace destacar Paulo VI, dentro del ámbito de la Iglesia Universal lo que es propio de ella y que hace posible la realidad magnífica de ella presente en todas y cada una de las Iglesias particulares. Y comienza por presentarnos la figura del Romano Pontífice, del Papa, Sucesor de Pedro, «como principio visible». Esta persona humana, invento de Jesucristo para dotar a la Iglesia de **un principio visible** de unidad, debe ser suficientemente entendida: no es un símbolo como lo es en una nación bandera, himno y escudo. No: el Papa es símbolo de unidad, sí, pero vivo, personal, y por tanto dotado de inteligencia, de voluntad y de autoridad; no para capricho suyo, ni para concentrar la fuerza, sino en situación de servicio: ahí está para eso: para servir a la unidad de la Iglesia Universal.

Y menciona otro fin de la existencia del Papa: la responsabilidad, que ha de ser **personal** y a la vez **compartida** con los obispos; personal como centro de unidad; compartida como ecumenismo.

Un fin más: la guarda de la fe: la persona del Papa ha de ser también garantía de unidad de credo de la Iglesia Universal: el mismo credo heredado de los Apóstoles, hasta el fin del mundo.

Este es el «inalterable depósito de la fe», cuya custodia con Paulo VI, un Papa a quien dolorosamente le tocó defender la integridad de la persona del Papa en un momento de la historia en que se quería hacer labor de zapa a toda autoridad constituida, en este lugar hace recalcar una vez más el origen apostólico de esa Misma autoridad; esta vez para prestar garantía de fidelidad y de perpetuación al depósito de la fe de la Iglesia Universal.

Para el agente de la evangelización el Depósito de la Fe es elemental en su misión, pues en él se encierra todo el cúmulo de esa enseñanza que él habrá de proporcionar a sus hermanos. De aquí que el agente de la evangelización debe estar atento a la voz del Papa, pues él, más que nadie, centra el contenido del Mensaje que el agente de evangelización habrá de transmitir.

No obstante, el Mensaje no puede ser transmitido muchas veces a quienes va dirigido, en la forma misma en que sale de la boca del Romano Pontífice: se hace necesario, como ya vimos al hablar antes de los valores propios de cada pueblo, revestirlo de esos mismos valores, valerse de los medios al alcance, proporcionarlo, por decirlo, así, suficientemente facilitado para su sencilla comprensión por parte de los evangelizandos.

Es entonces cuando toca al agente de la evangelización ser simultáneamente **fiel** y **servicial**: fiel para no alterar el contenido del Mensaje; servicial para tratar de hallar la forma más adecuada de adaptabilidad del mensaje.

Y no se crea que esta labor es algo exótico, lejano y extranjero, que no se va a dar en el ámbito de la gran ciudad. No, fácilmente se pueden hoy encontrar el campesino menos habilitado para comprender el mensaje en términos citadinos y el agente de evangelización, dentro de la Metrópoli: él «ausentismo», movimiento del hombre del campo a la ciudad, empuja de continuo a cantidades importantes de estas personas hacia centros urbanos que antes no ofrecían para ellos tentación alguna. La televisión es hoy una ventana por la que estos hermanos nuestros se asoman a regiones inaccesibles hasta ahora, y de su contemplación surge en ellos el deseo de conocer y de gozar aquello que esa ventana les muestra, creyendo ilusoriamente que su adquisición es fácil.

Si el agente de evangelización no está preparado para atender, con previsión para ello, a estos hermanos, se encontrará en posición muy comprometida delante de ellos. Es por esto necesario que el evangelizador de hoy en la ciudad, se prepare con la misma asiduidad que si fuera enviado a regiones remotas al encuentro de ellos: ya no es que haya que ir en su busca: **ya están aquí** y necesitan tanto o más que otros de atención espiritual, moral y física por igual.

Diríamos que es la transportación de Iglesias locales remotas, que tocan a la nuestra y les piden atención a sus hijos, que de ellas emigra, que se les escapa, y que la Iglesia Universal acoge, cuando su Iglesia particular ya no puede atenderlos. Es el principio de atención al, emigrante, del que más tarde se nos hablara.